

lerancia? El mundo no ha hallado otra fórmula más que la de la tolerancia, o sea la concordia de las discordancias, esto es, la libertad del espíritu. Mas cuantos hemos llevado a la legislación de la República Española el sentido humano y humanista que el liberalismo entraña—absoluto respeto a los contenidos de conciencia—hemos sido fieramente combatidos por la España totalitaria; se nos acusaba de intolerancia precisamente por instaurar la tolerancia, la cual por esencia, al ser tolerancia, tiene que negar el privilegio y exclusividad de que se nutre la intolerancia. A la España totalitaria le mueve ante todo y sobre todo, el odio al pensamiento, al régimen pleno y absoluto de libertad, y a las consecuencias que entraña una visión dinámica y social de ésta; porque cada día hay una opresión de la cual liberar a los hombres, una injusticia a suprimir, una satisfacción cultural que dar, un posible mayor bienestar a proporcionar; y todo ello forma la ancha corriente histórica engendrada por el hambre de libertad que mueve a intelectuales y masas obreras en mi España. Las clases altas de mi venerado país no han tenido una caricia para el alma del pueblo, el cual no ha conocido de la vida más nobles goces que los que él mismo se proporcionaba gracias a su genial sentido estético, pero de los de arriba no ha recibido sino opresión y miseria: habían olvidado “nobleza obliga”...

#### *Un tributo de homenaje.*

“Frente a esa búsqueda de libertad espiritual, política y social, surge hoy de nuevo la España militarista, a la que, por desventura, se ha unido la mayor parte del clero y dice: “Spain will be governed in a fashion which will make it impossible for power again to fall into the hands of dirty politicians, freemasons, jews and similar parasites of human society”. (Información de Mr. Robert B. Parker en el “Evening Star” del 30 de agosto de 1936). Y en efecto, desde que se inició la lucha, mediante la “purificación”, han hecho desaparecer los rebeldes a todos los disidentes, así en Granada como en Córdoba, Sevilla, Salamanca, Pamplona y muchos otros lugares. Yo rindo el tributo de mi homenaje, a tí, inolvidable, genial y queridísimo poeta Federico García Lorca; a tí, Palanco, Decano de la Facultad de Letras de la Universidad de Granada; a tí, Landrove, amigo entrañable, profesor en la Escuela Normal de Valladolid, a cuantos habéis sido fusilados en razón de vuestras opiniones, no de vuestros actos, y entre vosotros a los treinta y tantos sacerdotes ejecutados en Vizcaya por los rebeldes —cuyos nombres han sido publicados oficialmente a causa de vuestra adhesión puramente espiritual a la causa de la legalidad republicana.

#### *El drama de España.*

“He ahí el drama de España, drama fomentado por haberse islamizado la Iglesia española

al adquirir un sentido de intolerancia que no lo tiene en ningún otro sitio de Europa, ni lo tiene en Norteamérica; drama que hizo posible la organización totalitaria del Estado español en el siglo XVI al convertirse en Estado-Iglesia; drama que ahora halla nuevos personajes deseosos de jugar un papel en la escena al ver sus privilegios en riesgo, ante el ímpetu vital y humano de una libertad dotada de un dinamismo que le obliga cada día a preguntarse: ¿de qué he de libertar a los hombres?. ¿de qué he de libertar a la comunidad? La autonomía regional a la que decididamente se inclina la República, fórmula que permite hoy un Gobierno eminentemente católico en Vizcaya y otro de distinta orientación en Cataluña, es la fórmula llamada a coordinar nuestra multiformidad; pero esto implica tolerancia, libertad, que es lo negado por los rebeldes. Y España, la España que ha sufrido persecución por su pensar, o miseria indebida, a pesar de su afanoso trabajar, lucha hoy en combate mortal por ese ideal que Lincoln logró hacer esculpir, al pronunciar después de vuestra guerra civil estas nobles y profundas palabras: *lucha por un Gobierno of the People, by the People and for the People*”.

## La Tragedia de Unamuno

Por JEROME Y JEAN THARAUD

... En el barrio más aristocrático y más conventual de Salamanca, el forastero se detiene delante de una casona sencilla y de buena apariencia. Una mujer moza lo introduce en una especie de locutorio monástico, perfectamente pulcro, luciente y frío, con sillas junto a las paredes, un retrato del dueño del lugar, insipido en la vieja escuela española. Y, contra una ventana dando sobre un minúsculo patio—que hubiese parecido bien triste sin el azul límpido de la bóveda celeste—una mesita redonda cubierta con un paño verde que caía hasta el suelo. Al cabo de breves minutos de espera, el visitante vió entrar la figura clásica de Unamuno, muy alerta todavía a despecho de sus setenta y dos años bien sonados, el pelo y la barba abundosos, el perfil anguloso y, detrás de las gafas de acero toledano, una mirada cargada de zozobras.

Nos sentamos en torno de la pequeña instalación. La joven que me había recibido volvió con un brasero que colocó bajo la mesa; luego hizo descender con cuidado el tapete sobre nuestras rodillas, y, en el aire glacial de la pieza, guardando las piernas al calor, el gran Unamuno y yo nos pusimos a “platicar”.

Su primera frase fue para anunciarse:

—Usted sabe, me han desgraciado.

—Sí, en efecto, lo sabía. Destituído una primera vez por los rojos de su función de Rector perpetuo de la Universidad de Salamanca, y, restablecido inmediatamente después por la Junta de Burgos, como consecuencia de su adhesión al Gobierno Nacional, Unamuno acababa de ser cesado nuevamente por un discurso pronunciado en la Universidad el 12 de octubre, en el curso de una sesión solemne en donde se conmemoraba el recuerdo de Cristóbal Colón—el cual, como es bien sabido, antes de embarcarse para la gran aventura, había venido a Salamanca con objeto de consultar a los célebres astrónomos.

—Sí, me han destituido—continuó Unamuno—por palabras bien inocentes y que no niego. Yo decía... Pero verá usted, es mucho más sencillo... voy a buscarle un pequeño manifiesto que acabo de redactar y en donde expreso todo mi pensamiento.

Dicho lo anterior, el maestro se levantó de la pequeña mesa, salió del aposento y volvió casi en seguida con un papel en la mano.

—No tengo duplicado—me explica. Por lo que, si usted no ve inconveniente, le haré una copia al mismo tiempo que conversamos... porque me interesaría bastante que se divulgase.

Empuñando entonces su pluma fuente, se inclinó sobre su obra con una aplicación de escolar. El texto está en español. Hélo aquí *in extenso*, pero cortado por las reflexiones que me hacía el autor a medida que él escribía.

#### *El manifiesto:*

“En cuanto se produjo el movimiento salvador del general Franco, me uní a él, pensando que importaba salvar ante todo la civilización occidental cristiana, y con ella la independencia nacional...”

Unamuno.—Insisto sobre esta expresión “civilización occidental cristiana”. Fuí yo quien encontró y puso en circulación esta fórmula, que Franco repite innumerables veces en todos sus discursos, y que se ha convertido en el *let-motiv* del movimiento liberador.

#### *El manifiesto:*

“El Gobierno de Madrid me destituyó del cargo de Rector; pero el Gobierno de Burgos me restableció en mi función con grandes elogios. Yo estaba verdaderamente aterrado por el carácter que tomaba esta pavorosa guerra civil, que es debida a una enfermedad mental colectiva, a una epidemia de locura, con un substratum patológico”.

Unamuno.—Sí, usted lo sabe, entre nosotros la higiene es deplorable. La enfermedad específica ha hecho estragos en este malhadado país. Esto explica muchas cosas.

Se habla siempre de lo psicológico, de lo moral, pero es de lo fisiológico, de cuya enfermedad debiera hablarse también.

El visitante.—En este furor sanguinario que prevalece tan extrañamente en España, ¿no hay algo

que viene de todo lo que en ella hay de árabe y de bereber?

Unamuno.—Es muy posible. Pero hay otra sangre que se ha mezclado en nuestras venas, de la que no se habla nunca, pero que, según mi concepto, tiene una importancia considerable en la formación de nuestra raza y de nuestra mentalidad: Es la sangre de los gitanos, esa población errante de herreros, de estañadores, de negociantes de caballos, de trezadores de canastas, de las que dicen la buenaventura, que se les encuentra por doquiera en este país, hasta en la más insignificante aldea. Tales gitanos tienen instintos primitivos, inhumanos, antisociales, y estoy persuadido que es a través de ellos sobre todo que se ha introducido entre nosotros una herencia cruel.

Unamuno ha levantado la cabeza, se animó un momento, luego se inclina nuevamente en la mesa y prosigue con aplicación su copia:

#### *El manifiesto:*

“Desde el punto de vista religioso, esta guerra civil es debida a una profunda desesperación, característica del alma española, que no logra descubrir su fe, y también, a cierto odio contra la inteligencia, unido a un culto de la violencia por la violencia”.

El visitante.—¿Qué es pues esa profunda desesperación del alma española, a que usted se refiere?

Unamuno.—Usted conoce ciertamente el sentido de nuestra palabra *desesperado*. Este es un hombre que no cree ya en nada, ni en Dios, ni en los demás. Ni en sí mismo. Somos un pueblo de desesperados. Es lo que explica en particular todo ese encarnizamiento contra los sacerdotes y los religiosos, esas matanzas de curas, esos cadáveres de monjas desenterradas y profanadas. Hay dos especies de españoles, pero que, mirándolo bien no forman sino uno. Uno, el creyente, el católico, y que no es muy a menudo sino un pagano, adorador de imágenes, de la Virgen y de los Santos, que son para él otras tantas divinidades locales. Y el otro, el desesperado, que mata a aquellos que tienen la fe, por celos de los sacerdotes que no lograron comunicarles las certidumbres que tanto necesitan.

El visitante.—¿No cree usted que el pueblo español sea simplemente un pueblo apasionado, que cree con la misma fuerza lo que dicen sus sacerdotes o sus oradores comunistas, y que tiende con una ciega violencia a realizar en los hechos las ideas elementales que le han puesto en el espíritu?

Unamuno.—No, no, créame usted: es otra cosa; todo lo que hay en esa palabra grave de sentido, y que usted comprendería mejor si conociese nuestras viejas crónicas, en esta añeja palabra: *Desesperado*.

#### *El manifiesto:*

“La salvajería inaudita de las hordas marxistas supera toda descripción, y los que dan el tono no son los socialistas, ni los comunistas, ni los sindi-

calistas, ni los anarquistas; sino las bandas de malhechores, de degenerados, de escapados de presidio, de criminales natos, sin ninguna ideología. Y la reacción natural contra todo esto asume la mayoría del tiempo, desgraciadamente, un carácter de opresión. Es el régimen del terror. España, a la letra, se encuentra espantada de sí misma. Y si no se corrige presto, llegará ineluctablemente al borde del suicidio moral”.

El visitante.—¿Qué quiere usted decir con estas palabras: España se encuentra espantada de ella misma?

Don Miguel me dió una explicación bastante larga, de la cual retuve lo siguiente: España lleva en su seno terribles instintos que no esperan sino las circunstancias para realizarse en actos. Lo sabe, y teme que tal ocasión se presente en donde (ella) no tenga ya la fuerza de reprimir en ella todas sus fuerzas salvajes.

#### *El manifiesto:*

“Si el miserable Gobierno de Madrid no pudo ni quiso resistir a la presión de la barbarie marxista, debemos guardar la esperanza que el Gobierno de Burgos tendrá la fuerza de oponerse a los que quieran establecer otro régimen de terror”.

—¿Tendrá esa fuerza?—pregunté a Unamuno. Esta misma mañana uno de mis amigos me decía: “Los rojos matan a todos los blancos, y los blancos matan a todos los rojos. Si estos últimos ganan, anarquistas y comunistas se exterminarán mutuamente. Si, por lo contrario, son los blancos los vencedores, ¿no habrá también batallas entre blancos?”

Estas consideraciones no hacen sonreír a don Miguel, porque, como buen español, no le agrada el tono burlesco. Mas la continuación de la hoja que me copiaba iba a responder justamente a la *boutade* de mi amigo.

#### *El manifiesto:*

“Al principio se dijo, con bastante buen sentido, que este movimiento salvador no era un movimiento de partido, ni un movimiento militar, sino algo profundamente popular, y que, más tarde, todos los partidos nacionales anti-marxistas debían olvidar las diferencias que los separaban para unirse todos bajo la dirección de un jefe militar, sin prejuzgar del régimen político que se restableciera definitivamente. Y, sin embargo, los partidos continuaron yuxtaponiéndose sin tocarse: renovación española, monarquistas constitucionales, tradicionalistas, antiguos carlistas, acción popular, monarquistas adheridos a la República, y numerosos republicanos que se negaron a ingresar en el Frente Popular. A estos últimos, agregaremos los falangistas, partido político, a pesar que lo nieguen, y que no es otra cosa sino el fascismo italiano malísimamente interpretado, según mi parecer. (Aquí, Unamuno se interrumpe un instante: “¡Ah!, odio el fascismo”, me dice). La Falange comienza a querer absorber los demás partidos y pretende dictar el régimen futuro. Y yo, por haber manifesta-

do el temor que esta oposición de los partidos pueda aumentar todavía el terror, es decir, ese miedo que España tiene de ella misma, y hacer más difícil aún la verdadera paz; por haber dicho que vencer no es convencer, ni conquistar convertir, el fascismo español hizo que el Gobierno de Burgos, que me había restituido en mi rectorado... perpetuo, con elogios, me destituyera de mi cargo sin haberme escuchado, ni darme explicación alguna. Y esto, como se puede suponer, me permite juzgar de manera positiva lo que está pasando.

“Insisto sobre el hecho que el movimiento a cuya cabeza se encuentra el general Franco, tiende a salvar la civilización occidental cristiana y la independencia nacional, porque España no podría ser esclava ni vasalla de Rusia ni de ninguna otra nación. Pero, en verdad, en nuestro territorio nacional, se está dando una batalla internacional; y en estas circunstancias, es también un deber *aportar una paz de persuasión y llegar a la unión moral de todos los españoles* para rehacer esta patria que se la está ensangrentando, vaciándola de su sangre, arruinándola, envenenándola y embrute-ciéndola. Para esto, debemos impedir que los reaccionarios vayan más allá de la justicia y de la humanidad, como lo hacen algunas veces. No es un buen camino el de los sindicatos nacionales (los Falangistas) que pretenden abrirse campo por la fuerza y la amenaza, obligando por el terror a afiliarse a ellos todos aquellos que no son convertidores ni convertidos. ¡Qué triste cosa sería si, a ese régimen bolchevique bárbaro, antisocial e inhumano se tratara de substituirlo por otro régimen igualmente bárbaro, antisocial e inhumano de servidumbre total! Ni uno ni otro, puesto que, en el fondo, es la misma cosa”.

Don Miguel había terminado de copiar su Manifiesto y la conversación continuó en un giro más natural.

En aquellos días se había sabido que el señor Azaña, Presidente de la República, se había refugiado en Barcelona; que Largo Caballero, presidente del Consejo; Prieto, Del Vayo y los demás Ministros, habían huído a Valencia, y sobre este capítulo se contaba una historia bastante divertida. A la salida de Madrid, los Ministros fueron detenidos en la aldea de Alarcón, por el comité anarquista del lugar. Se les encarceló a todos, porque los anarquistas son gente sencilla que no admite que se abandone el puesto de combate en el momento en que éste se vuelve peligroso. Finalmente, dejaron que Largo Caballero continuara el viaje para Valencia. Pero los otros tuvieron que hacer marcha atrás... viéndose obligados a tomar el camino de la costa por vías indirectas...

Unamuno les reprocha a todos su falta de valor y el haber lanzado a España en una aventura política, a la cual no estaba de ningún modo preparada. “Azaña y sus amigos se imaginaron—me dice el ex Rector de la Universidad de Salamanca—que podían imponer en España ideas muy avanzadas. Los acontecimientos no les dieron ra-

zón. Les ha sucedido, en suma, la misma trágica aventura que hace cuarenta años a un antiguo Presidente de la República de Chile, llamado Balmaceda. Este Balmaceda tenía ideas bastante parecidas a las del Frente Popular. Quiso aplicarlas, pero se oponían los grandes propietarios, los grandes industriales, todos aquellos que poseían algo, y que se les llamaba los congresistas porque formaban la mayoría en el Congreso, esto es, en el Parlamento. La lucha entre el Presidente y sus adversarios degeneró en guerra civil que superó en horror a la que vemos hoy. El partido popular fue vencido. Balmaceda desapareció, y durante algunas semanas, nadie supo lo que había sucedido. Se había refugiado en la Embajada Argentina. Ahora bien: una mañana, el Embajador lo vió entrar en su despacho, en gran uniforme presidencial, con todas sus condecoraciones, un papel en la mano: Era su testamento político. Lo leyó de cabo a rabo al diplomático del país vecino. Reconocía que se había equivocado totalmente, que había creído su patria más evolucionada políticamente de lo que estaba, que por su culpa, torrentes de sangre fueron derramados, pero que no desesperaba, sin embargo, por sus ideas: que triunfarían un día, con una instrucción más profunda de las masas populares. Mientras tanto, quería que su muerte fuera testimonio de su buena fe y sirviese de ejemplo a todos aquellos que lucharen por la causa que él mismo había defendido. Es por ello que se daba la muerte... Y, sacando un revólver de su bolsillo, se saltó la tapa de los sesos ante el Embajador estupefacto”.

Acabo el pensamiento de don Miguel. ¿Quisiera, pues, que Azaña y Largo Caballero imitasen el ejemplo del Presidente Balmaceda? Es muy fácil pedirlo cuando uno mismo está sentado alrededor de una mesita redonda, las piernas al calor de un brasero, en una habitación tranquila, en el fondo del barrio más pacífico de Salamanca... Pero comparto enteramente su opinión cuando considero como perfectamente indecentes las exhortaciones al sacrificio, suscritas por dos hombres que se han puesto tan descaradamente al abrigo...

¿Es para hacer volver la serenidad a su espíritu, elevándose del plano de la política al de la poesía, que don Miguel, en el momento en que iba yo a despedirme, me preguntó si conocía acaso el soneto de Girard de Nerval, que se llama *El Desdichado*? ¡Si lo conozco! Lo recitamos juntos, porque ni el uno ni el otro lo sabíamos completamente de memoria:

*Je suis le ténébreux, le veuf, l'inconsolé,  
Le prince d'Aquitaine a la tour abolie...*

Y en estos versos, en donde don Miguel ponía un hábito de fervor, yo sentía reaparecer bajo una forma nueva, depurada; ese tema del *desesperado*, que hace evidentemente en esta hora, el fondo de los pensamientos y de los sueños del viejo desencantado...

(De “*Periódicos Lozano*”).

## Relieve de la Literatura

### Hispanoamericana

Por JORGE MAÑACH

LA continencia a que estamos obligados, me exime de excusarme, por traer ante ustedes un tema que, sobre apartarse de todo afán erudito, se propone algo tan subjetivo, y al mismo tiempo tan desmedido, como el esbozar algunos fundamentos para la valoración de la literatura hispanoamericana.

Todo juicio de valor está últimamente basado en algún interés. Si esa literatura no goza aún de una estimación general y, por así decir, profana, débese en mucha parte a que la estimativa más visible y corriente—la que solemos encontrar en los periódicos y en el ánimo de las gentes—está demasiado dominada, aun en lo cultural, por el régimen de intereses materiales que gobierna al mundo. Pueblos jóvenes y en su mayoría débiles, los de la otra América no pesan todavía suficientemente en los conciertos y desconciertos del mundo para que su literatura se cotice en los mercados de la curiosidad. Pero, al margen y por encima de esa cotización intrínseca, hay una valoración pura, independiente y esencial que es la que incumbe, como deber y como privilegio, a quienes tenemos el criterio regido por otros intereses. Estos intereses son la prosperidad de la cultura como capital espiritual del mundo y el enriquecimiento de nuestra propia experiencia intelectual y estética. Valorar una literatura no es otra cosa que determinar qué es lo que ella importa en relación con estos intereses nuestros, tan ajenos a la estimación usual.

De propósito he recurrido, para aludir provisionalmente a ese valor, a una palabra de sentido más plástico que intelectual, convenientemente desprovista de categoricidad crítica. ¿Qué relieve tienen, qué relieve presentan las letras de Hispanoamérica cuando se las mira con alguna proximidad? ¿Qué prominencia y perfil nos muestran al poner de canto y de frente el gran bloque de la literatura escrita en español?

Este lenguaje nos invita, por lo pronto, a una ponderación de volumen, de cuantía material. Es una lástima que la estadística, esa contabilidad de lo imponderable, no haya llevado todavía su curiosidad a la zona de lo literario. La bibliografía no basta. Hay en todo país una actividad literaria cuya intensidad cotidiana, que es a veces la más dramática, escapa a la medición bibliográfica usual. Aparte de la literatura oral, que en los países hispánicos suele ser riquísima, existe toda una actividad literaria flotante,—de tribuna, de periódico, de revista efímera y de manuscrito impecable—sin trascendencia librería alguna y, por consiguiente,